Troise, Emilio

Capacidad revolucionaria de la clase obrera

Buenos Aires

1921

97-84177-3

MASTER NEGATIVE #

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DIVISION

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

ORIGINAL MATERIAL AS FILMED - EXISTING BIBLIOGRAPHIC RECORD

308
Z
Box 752 Troise, Emilio
Capacidad revolucionaria de la clase obrera. Sindicato y partido. Folleto editado por el Sindicato obreros ebanistas, similares y anexos. Buenos Aires, 1921.
24 p.

679591

ONLY CD

TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35mm REDUCTION RATIO: 10:1 IMAGE PLACEMENT: IA (IIA) IB IIB

DATE FILMED: 9-3-97 INITIALS: AP

TRACKING # : 27146

FILMED BY PRESERVATION RESOURCES, BETHLEHEM, PA.

EMILIO TROISE

CAPACIDAD REVOLUCIONARIA
DE LA CLASE OBRERA

SINDICATO Y PARTIDO



FOLLETO EDITADO
POR EL
Sindicato Obreros Ebanistas, Similares y Anexos

SECRETARIA: BELGRANO 2545
BUENOS AIRES



ABRIL 1921

EMILIO TROISE

CAPACIDAD REVOLUCIONARIA

DE LA CLASE OBRERA

SINDICATO Y PARTIDO



FOLLETO EDITADO

POR EL

Sindicato Obreros Ebanistas, Similares y Anexos

SECRETARIA: BELGRANO 2545

BUENOS AIRES



ABRIL 1921

EMILIO TROISE

CAPACIDAD REVOLUCIONARIA

DE LA CLASE OBRERA

SINDICATO Y PARTIDO



FOLLETO EDITADO

POR EL

Sindicato Obreros Ebanistas, Similares y Anexos

SECRETARIA: BELGRANO 2545

BUENOS AIRES



ABRIL 1921

Dos palabras

Ofrecemos hoy a los trabajadores un folleto cuyo interés descubrirán sus lectores a medida que vayan penetrando en la importacia de los hechos expuestos en sus páginas.

El doctor Emilio Troise, a cuya pluma debemos ese trabajo, ha logrado desmenuzar, no obstante la manera sintética que impone el pequeño folleto destinado a la propaganda, las causales que dan origen a la lucha de clases, y el porqué de la existencia de los sindicatos, que al agudizar esa lucha contra la clase capitalista, van dando a los productores que los integran, la clara percepción de su rol histórico revolucionario, eminentemente transformador.

A este aspecto de su trabajo, de importancia indiscutible para los trabajadores que se interesan por razonar su acción sindical, conceptuada por muchos burgueses ignorantes o malintencionados como una obra artificial, arbitraria y caprichosa, el doctor Troise ha unido también una cuestión fundamental y que se refiere a la actuación del socialismo político, de partido, que se pretende revolucionario por el hecho de su participación y colaboración con la burguesía mediante el uso del parlamento. Demuestra la innocuidad de ese género de lucha en cuanto descubre que el objetivo de la acción que los trabajadores alimentan consiste en la apropiación de los medios de producción, hoy en manos de la burguesía, los cuales, por encontrarse en el dominio de la economía, ninguna relación tiene con los mismos la acción parlamentaria que es la expresión política de un sistema, la derivación de un Estado creado por la burguesía para la defensa de sus intereses de clase. En consecuencia, sólo la acción sindical

podrá realizar por su naturaleza misma y por el plano en que ella se desenvuelve, la obra expropiadora que será el punto de partida de una nueva sociedad, cuya estructura económica y política está contenida desde ya en los mismos sindicatos.

No sólo se señala la esterilidad de esa acción política, sino el perjuicio que ella entraña para la emancipación de los trabajadores. Llevados éstos de la ilusión parlamentaria y conducidos por la esperanza de que su emancipación es únicamente la obra de un sistema de legislación, bien pronto los sindicatos se convierten en organismos conservadores de un sistema político que, en definitiva, ha de aherrojarlos más al Estado capitalista, puesto que ésa es su única misión.

El Sindicato debe libertarse de toda presión exterior si se quiere que él utilice todas las energías revolucionarias que dimanan de su propia naturaleza. Colocado, por razones históricas, frente al capitalismo, él ha de bastarse en exceso para gestar su desaparición y alzar sobre las ruinas del mundo que hoy agoniza, el edificio social que por su expresión política sea una garantía de libertad para todos los trabajadores, mancomunados por el interés de un recíproco bienestar.

A tales conclusiones arriba este folleto, cuya lectura ofrecemos y recomendamos a los trabajadores, en la seguridad de que él es un sincero y valioso aporte de su autor a la noble obra de emancipación proletaria en la que estamos empeñados todos los explotados.

LA COMISION DE PROPAGANDA.

Buenos Aires, Abril de 1921.

EMILIO TROISE

Capacidad revolucionaria de la clase obrera

La simple observación de la vida social contemporánea permite establecer la existencia de un vasto movimiento proletario, cuya acción conmueve profundamente la estructura y el equilibrio social de nuestros días. Movimiento que nace en condiciones históricas determinadas y precisas, puede y debe ser definido en sus características esenciales, sin confundírsele con la vaga aspiración utopista de los reformadores sociales de todas las épocas. El movimiento autónomo del proletariado nace en condiciones determinadas y precisas—hemos dicho—. Ello implica que no puede comprendérsele sin relacionarlo a esas condiciones que lo crean.

Establezcamos, pues, el ambiente histórico en que surge; analicemos el medio económico-social que hace posible su existencia.

El movimiento obrero nace en un medio capitalista. He ahí una primera comprobación aparentemente simple y, sin embargo, de una gran importancia.

¿Qué es un medio capitalista? ¿Cuál es su esencia? ¿En qué puede distinguirse de los regímenes sociales que le precedieron?

He ahí algo que nadie había establecido hasta que Marx hizo el análisis profundo y genial de la sociedad capitalista; análisis que después ha sido olvidado y los primeros en olvidarlo fueron los que por una especie de ironía histórica se llamaron discípulos y continuadores de Marx—los teóricos de la Social-democracia—los socialistas de partido de todos los países.

Ni la diferenciación en clases, ni la existencia del Estado,

ni el aspecto mercantil de la sociedad, ni, desde un punto de vista absoluto, el salariado, caracterizan al capitalismo.

Si ello bastara, toda la historia sería capitalista, y, sin embargo, todos convienen en que el capitalismo es el período más corto en la larga serie de transformaciones sufridas por la sociedad humana.

Por algo hablamos de una sociedad feudal, con una economía y relaciones jurídicas y políticas distintas de las actuales; por algo hablamos de un mundo antiguo, con su economía esclavista, jurídica y políticamente diverso del régimen feudal; por algo hablamos de una forma patriarcal y matriarcal de agrupación humana, que está como en el límite mismo de la civilización y la barbarie, cuando el hombre, aseguradas las fuerzas elementales que hacen posible la vida estable, con un utensilio fruto de su invención, con una técnica rudimentaria todavía, pero ya suficiente para librarle del imperio adverso de la naturaleza, comienza a producir para cambiar, porque su producción excede a las necesidades inmediatas.

Y así hemos retrocedido hasta los albores humanos, más allá de la historia escrita, y vemos, repito, que ni la producción instrumental, ni el intercambio de los productos, ni la existencia de un poder coercitivo o estado, ni la diferenciación en clases, son exclusivas del capitalismo.

Ya Marx lo había dicho en el comienzo mismo del Manifiesto Comunista: la historia de toda sociedad, hasta nuestros días, no ha sido más que la historia de la lucha de clases.

Privilegio, opresión, usufructo del esfuerzo ajeno, existen hoy como existieron hace miles de años en la vieja Grecia, en el vasto Imperio Romano, en el feudo medioeval y en el oriente lejano bajo un aspecto religioso.

Lo que caracteriza al capitalismo no es sólo la producción a base de clases, sino una particular y específica forma de producir, mejor todavía, una unidad primordial: la fábrica, el taller capitalista.

Al decir fábrica entendemos no solamente la producción fabril estricta, vale decir, la utilización de las materias primas y su transformación en productos de consumo o en instrumental productivo, sino, también, la producción de esa misma materia prima en forma industrializada.

En este sentido, la empresa capitalista abarca la totalidad de la producción y el transporte en sus diversos aspectos.

Veamos cómo funciona esto que hemos llamado unidad primordial capitalista.

Marx ha establecido que en la fábrica se opera una polarización, una absoluta separación entre el capitalista y los productores. No hay allí una cooperación inteligente, una solidaridad creadora, sino una disciplina impuesta, una coerción, una relación de dependencia del obrero al capitalista.

En el proceso de la producción capitalista, el trabajador es un elemento subordinado, mero ejecutor material de un designio y una voluntad completamente extraños.

Carece en absoluto de toda iniciativa; todo el plan de la producción es gestado directamente por el capitalista o por elementos técnicos que le representan. Es sólo un apéndice de la máquina y de ahí la expresión de Marx: en el capitalismo el trabajo muerto subordina al trabajo vivo.

No interviene en el acto inicial de la industria, y sigue después completamente extraño al proceso de la producción, en todo lo que ella tiene de inteligencia, de voluntad y de creación. Ni la elección de la materia prima que él transforma con su esfuerzo, ni el destino del producto elaborado por su actividad, le pertenecen.

Jamás la personalidad humana—esto que llamamos hombre—que sufre y ama, que piensa y sueña, que se exalta ante la belleza y el heroísmo, ha estado sometida a una tiranía más real y efectiva, más formidable y menos ruidosa, sin embargo.

En la economía esclava o servil, la fuerza humana se identificaba con el instrumento productivo. La tarea realizada, si bien más simple globalmente considerada, era una labor integral en que el productor intervenía inteligente y activamente.

El capitalismo disocia brutalmente los elementos de la producción: por un lado las potencias intelectuales y de dirección representadas por el capitalista, por otro los elementos ejecutores representados por los trabajadores (Marx).

En estas condiciones la relación que existe entre ambos elementos es de sujeción, de dependencia absoluta del trabajador al capitalista.

Oposición irreductible que, lejos de atenuarse con el desarrollo histórico del capitalismo, crece y se acentúa.

El capitalismo, como todo régimen de clase, tiene como finalidad el provecho, la ganancia. En ninguna sociedad anterior el provecho ha sido más grande, tanto que puede decirse que teóricamente el provecho es ilimitado en el capitalismo, porque es el régimen de clase que asegura la mayor combinación de las fuerzas productivas utilizables.

La riqueza se ha acrecentado de un modo enorme bajo el régimen de la gran industria; pero en beneficio exclusivo de la clase dueña de los instrumentos de producción y del poder político.

El momento económico es preponderante en el capitalismo e imprime su carácter a la sociedad entera.

Como momento económico debe entenderse el acto fundamental de la producción y no el fenómeno accesorio y secundario del cambio de los productos. En consecuencia, lo que puede caracterizar a un régimen—como Marx lo establece con toda nitidez—es la forma en que dicha producción se realiza.

En el capitalismo la producción es no sólo a base de clases, es no sólo más variada, más rica, más compleja técnicamente, sino que también se realiza en un ambiente típico: la fábrica capitalista en que la dirección, la inteligencia y el plan de la producción corresponden al capitalista y la ejecución material al proletariado desposeído de los instrumentos de trabajo.

Esto es lo que caracteriza realmente al capitalismo: «sistema de producción en que el plan y la ejecución del trabajo son la exteriorización de una voluntad personal dominadora y trascendente al cuerpo mismo de los trabajadores». (Labriola).

Coalición obrera

Es en este medio y condicionado por circunstancias históricas precisas, que nace el movimiento obrero.

Por eso hemos dicho, al comienzo, que era necesario caracterizar al capitalismo en lo que tiene de específico y distinto de los demás regímenes de clase, para conocer el ambiente económico-social en que surge el movimiento obrero.

No entendemos hacer ahora el proceso del desarrollo histórico del capitalismo; tomémosle a cierta altura de su trayectoria en pleno funcionamiento y veamos cómo nace esto que llamamos movimiento obrero.

Marx—en una síntesis admirable de su *Miseria de la Filosofía*—ha condensado el modo cómo surgieron las primeras organizaciones obreras y dice: «La gran industria aglomera en un solo sitio un conjunto de personas entre sí desconocidas. La concurrencia divide sus intereses; pero el mantenimiento del salario, interés común que tienen frente a sus patrones, los reune en un mismo pensamiento de resistencia y coalición.

«La asociación tiene siempre un doble objeto: hacer cesar la concurrencia entre ellos y hacer una concurrencia general al capitalista.

«Si el fin primero de la resistencia no ha sido más que el mantenimiento de los salarios, a medida que los capitalistas, a su vez se reunen en un solo pensamiento de represión, las coaliciones, primero aisladas, se agrupan; frente al capital siempre reunido, el mantenimiento de las asociaciones se hace más necesario, para los trabajadores, que el mantenimiento del salario.

«Y esto es tan cierto, que los economistas ingleses se maravillan al ver cómo los obreros sacrifican una buena parte del salario en favor de las asociaciones que a los ojos de los economistas habían nacido sólo para defender el salario. En esta lucha, verdadera guerra civil, se reunen y se desarrollan todos los elementos necesarios a una futura batalla. Llegada a este punto, la asociación toma un carácter político.

«Las condiciones económicas habían primero transformado la masa del país en trabajadores. La dominación del capital ha creado a esta masa una situación común, intereses comunes. Esta masa es una clase con respecto al capital pero no lo es todavía en sí misma. En la lucha, de la cual hemos señalado algunas fases, esta masa se reune y se constituye en clase por sí misma. Los intereses que defiende son intereses de clase. Pero la lucha entre clase y clase es una lucha política.» (Marx. *Miseria de la Filosofía*, pág. 116).

La observación de la realidad inglesa hizo nacer en Marx

estos conceptos y ellos son aplicables a todos los pueblos capitalistas.

El movimiento obrero es una inmanencia del modo de producir capitalista. Nace en la fábrica, donde las clases se manifiestan con toda nitidez, y en su iniciación es sólo un movimiento de instintiva defensa frente a las condiciones de vida, cada vez más terribles, creadas por la gran industria.

Así se explica cómo en su primera faz ha tratado de dañar la máquina, haciéndola responsable de su situación precaria y que, sólo más tarde, por una comprensión mejor de su rol y de las fuerzas en juego tratara de crear un nuevo orden, suprimiendo el régimen capitalista, que es la condición primera para su existencia.

Más tarde, con el crecimiento y capacitación de las organizaciones sindicales, la naturaleza y los fines históricos del movimiento se confunden y se manifiestan en toda su amplitud.

Vemos que el movimiento nace de la necesidad—condicionado por circunstancias extrañas a la voluntad de los productores.—Vemos cómo no es una creación artificial, arbitraria e ideológica, sino la exteriorización de una fuerza que en la lucha se integra y agiganta. Vemos cómo no es la realización de una doctrina libertadora que antecediera al movimiento mismo, sino una praxis, como decía Marx, es decir, una voluntad en acción que crea ella misma su propia ideología; mejor aún, que con su práctica crea los materiales de su filosofía específica, dinámica, vivaz, perennemente renovada por la lucha diaria.

Organización sindical

Superada la faz inicial, el movimiento adquiere un carácter orgánico y su naturaleza de movimiento de clase revolucionaria se hace ostensible.

El proletariado comienza a ver en sus organizaciones algo más que un agente corporativo de horizontes limitados que le permite alcanzar y mantener un tenor de vida, medianamente pasable, frente a la avaricia creciente del capitalismo.

Comprende intuitivamente primero, razonadamente después, que la lucha contra el capitalismo puede darle mejores condiciones de vida hasta cierto límite, que no podrán ser superadas sin el supremo esfuerzo de la revolución, es decir, sin suprimir las condiciones actuales de la producción.

Y así, de un modo natural y espontáneo, se plantea a la conciencia de los trabajadores la finalidad histórica de su propio movimiento: suprimir las condiciones de producción capitalista y las relaciones jurídicas y políticas que de ellas se derivan; crear un nuevo orden en que la dirección y la ejecución de la producción estén en manos de productores libremente asociados, lo que destruye no sólo el privilegio, la injusticia y la miseria, sino, también, toda jerarquía artificial y toda disciplina impuesta.

La lucha de clases, que nace de los antagonismos de la sociedad económica, tiene un alto valor creador.

Ninguna clase social ha podido emanciparse sin crear, en un largo proceso histórico, las instituciones que han de servirle para imponerse a la sociedad y moldearla según sus conveniencias.

«En la burguesía—dice Marx—debemos distinguir dos fases: aquella en la cual se constituyó en clase bajo el régimen de la feudalidad y de la monarquía absoluta y aquella otra en que ya constituída en clase, destruyó la feudalidad y la monarquía para hacer de la sociedad una sociedad burguesa. La primera de las dos fases fué la más larga y la que impuso mayores esfuerzos.» (Marx. *Miseria de la Filosofía,* pág. 116).

Contenido revolucionario del Sindicato

El proletariado no escapa tampoco a esta ley histórica. El, también, presionado por las circunstancias, se agrupa, con fines inmediatos, en organismos a los cuales la lucha se encarga de asignar una función y una finalidad mucho más vasta que el pensamiento originario. Sin saberlo, los productores han creado el instrumento de su propia liberación.

Una lucha de clases no se concibe si no se concreta en la creación de instituciones revolucionarias que entren en conflicto con las instituciones de la clase dominante. Ello implica un proceso de madurez psicológica en la clase oprimida y la for-

nación de una conciencia revolucionaria, sin la cual toda tentativa de transformación social es ilusoria.

Nosotros vemos en la organización revolucionaria de los productores no sólo el instrumento histórico de la revolución, sino la mejor y más fecunda escuela para el proletariado, el medio único para completar la formación de una conciencia de clase y la capacitación indispensable para que le revolución pueda ser tentada con absoluta seguridad de triunfar.

Desacreditar esa pedagogía de la acción sindical; aminorar su importancia y reducirla a un simple rol corporativo sin trascendencia transformadora, es no sólo ignorar los elementos del proceso histórico, sino, también, ser antirrevolucionario y antiobrero. Pretender que la revolución puede ser hecha desde el Estado capitalista y con el Estado capitalista; pretender que el sufragio universal y la conquista de la mayoría parlamentaria son un elemento indispensable en el proceso revolucionario, es desconocer en absoluto la esencia misma de la transformación que se pregona.

Sabemos bien que la revolución no está ni en la barricada ni en la violencia verbal; pero sabemos, también, que la penetración del Estado y la colaboración de las clases, condenan a la esterilidad el esfuerzo de los productores y afianzan el capitalismo lejos de detrimentarlo. La revolución está en crear la fuerza revolucionaria en el seno mismo de los organismos sindicales, capaces de sacrificio, de heroica disciplina voluntaria; la revolución es más una cuestión interna y moral—estado de conciencia—de los trabajadores, que el resultado de un influjo exterior a su propia acción.

Hablando de la Commune de París, dice Marx: «La clase obrera no ha pretendido ningún milagro de la Comuna. Ella no tiene utopías que introducir por medio de deliberaciones populares. Sabe que para elaborar su propia emancipación y con ésta aquella forma de vida superior a la cual la sociedad presente tiende irremisiblemente con su propio desarrollo económico; ella, la clase obrera, tiene que sostener aún largas luchas, una entera serie de procesos históricos, en fuerza de los cuales, los hombres, al igual que las circunstancias, serán completamente transformados.» (Marx. *La Guerra Civil en Francia*, pág. 47).

Aquí está bien explícito y claro el pensamiento marxista de lo que es la revolución: profunda modificación voluntaria y consciente de las cosas y los hombres; pensamiento que tiene tanto más valor en cuanto no es una simple enunciación teórica, sino el juicio concreto del acto heroico de los trabajadores de París al proclamar la Comuna.

Es un gran error y un peligro ese afán y esa tendencia de los partidos socialistas de dar al Estado una ingerencia cada vez mayor en la vida social, sometiendo todas las actividades a su control burocrático e inepto. No es cuestión de suprimir idealmente el Estado capitalista y suponer que otros hombres en el gobierno harían de él un Estado revolucionario. El Estado no tiene una existencia independiente de la sociedad que lo crea; él es la síntesis de los antagonismos de la sociedad económica y es la expresión política, coercitiva y violenta, aun dentro de las formas legales, de la supremacía económico-social de una clase. Toda otra idea sobre la naturaleza y funciones del Estado es puramente metafísica e irreal.

El Estado no tiene ninguna misión ética que cumplir, dice Antonio Labriola (*Materialismo Histórico*, pág. 212). «Es—dice el mismo autor (*Materialismo Histórico*, págs. 209 y 210) —una organización real de defensa para garantizar y perpetuar un modo de asociación o un acuerdo o una transacción entre diversas formas. En resumen, el Estado supone o un sistema de propiedad o el acuerdo entre muchos sistemas de propiedad.»

Forma histórica transitoria, está destinada a desaparecer con los antagonismos que la generan.

Supresión del Estado

Es una ilusión creer que los instrumentos de producción en manos del Estado suprimen la dependencia de los productores y destruyen las clases. El antagonismo de la fábrica privada se reproduce en la empresa pública, en que los productores siguen siendo ejecutores materiales de un plan en cuya elaboración no intervienen. La estatización de las industrias puede hasta ser una tiranía peor para los trabajadores que la producción pri-

vada. El Estado—que los demócratas de todos los matices conceptúan como expresión de la voluntad general—castigaría ferozmente toda tentativa de los trabajadores y se podría citar más de un ejemplo de que es así, aun estando socialistas en el gobierno.

Cuando se habla de que el Estado ha adquirido una relativa autonomía frente a la sociedad, se olvida que la lucha del proletariado ha conmovido tan profundamente la organización actual, que ha hecho necesario dar una mayor elasticidad al mecanismos estatal para servir más inteligentemente el privilegio, y de que esa autonomía jamás pone en peligro la existencia del régimen capitalista. En todos los países del mundo la plutocracia, la alta banca, que es la forma más usuraria y parásita del capitalismo, gobierna al Estado.

Presionado por las clases obreras el Estado puede hacer concesiones, crear todo un sistema de legislación social, ampliar la órbita de las libertades elementales, establecer el sufragio universal, etc. Esto no significa que el Estado haya cambiado su naturaleza y que de órgano coercitivo y expresión de predominio de la clase burguesa se haya transformado en órgano social, gestor de intereses comunes; sino, simplemente, que es necesario aquietar, tranquilizar el ambiente para que las funciones esenciales de la sociedad capitalista no se interrumpan. Todo el esfuerzo del Estado consiste en hacer que el movimiento obrero no salga de la legalidad, se desarrolle dentro de ella y tome parte en la vida política del país.

Así el movimiento obrero entra en la vía conservadora.

A este camino ha sido empujado, también, el proletariado por el socialismo de partido, que se pretende el agente de la transformación social.

Los partidos socialistas han confundido la creación de un poder político por los trabajadores organizados como clase, con la conquista del poder político existente. Toda la capacidad revolucionaria de los partidos socialistas está en la frase. Al otro día de la gran victoria electoral de los socialistas alemanes—en que habían tenido cerca de cuatro millones de votos—los jefes de la Social-democracia temblaron ante la posibilidad de que el káiser anulara violentamente el sufragio universal. Un partido que en vez de pensar qué uso va a hacer de

eso que él cree una fuerza enorme, se pone a temblar por temor de perderla, no va a ninguna parte, no es capaz de libertar a nadie, ni siquiera a sí mismo.

Hacer del Estado y de la mayoría parlamentaria los redentores del proletariado es olvidar que la revolución es un proceso interno, técnico y moral de la masa productora. Nada hay en el capitalismo que lleve fatal y automáticamente a la liberación del proletariado. La evolución natural y espontánea del capitalismo no conduce necesariamente al socialismo. Aceptar este concepto es caer en un grave error fatalista que hace de los hombres esclavos de las circunstancias y no creadores de un mundo nuevo.

Las condiciones objetivas, el medio ambiente, hacen posible la revolución pero no de una manera irremisible; para que ella se realice es necesario un esfuerzo consciente y voluntario de la clase oprimida.

Nosotros lo esperamos todo de la agudización creciente del conflicto de clases; del pleno desarrollo de los antagonismos existentes en el seno de la sociedad capitalista y del aumento del poder sindical, índice, a su vez, de un alto grado de conciencia revolucionaria en los productores.

Hacia una sociedad libre de libres productores

El proletariado vive hoy un momento histórico excepcional. La guerra y la liquidación de la guerra han creado una situación revolucionaria que es necesario resolver. Ello no implica la revolución inmediata—y me refiero al decir esto muy especialmente a nuestro medio—pero sí la preparación consciente, obstinada y voluntaria de la revolución.

La revolución rusa es el primer acto del vasto drama histórico que vivimos y ha ejercido una influencia moral enorme en el proletariado universal y mismo en la clase burguesa que la mira con horror y la repudia.

Nacida en un medio especial y en condiciones históricas muy particulares, muestra de cuánto heroico sacrificio es capaz el pueblo obrero y los hombres que le sirven y hace tener

fe inconmovible en el triunfo de los productores que al fin es triunfo humano, liberación humana.

La Rusia obrera y revolucionaria ha afirmado frente al imperialismo capitalista mundial, que el reinado de la opresión más que milenaria, de la servidumbre, de la injusticia, comienza a terminar y que empieza el mundo de los libres productores, con la vida renovada y superiorizada por el propio esfuerzo de los oprimidos.

Le debemos nuestra solidaridad. Pero no una solidaridad verbal, que se condensa en la protesta platónica e ineficaz, sino la fecunda solidaridad de la acción, que impida y malogre toda tentativa del capitalismo mundial tendiente a fomentar la contrarrevolución y el bloqueo de la Rusia obrera.

El proletariado universal se siente hondamente vinculado a ese movimiento que es movimiento suyo y hecho con una finalidad suya. La revolución rusa muestra bien—y esta es una fecunda lección de cosas para el proletariado universal—que lo fundamental no es sólo llegar al poder y destruir las viejas relaciones de producción burguesa, sino tener capacidad reconstructiva y asegurar la nueva forma de producción libre.

Este es el escollo mayor de la revolución rusa, no solamente por el bloqueo y la presión exterior, por la contrarrevolución interna, que dificultan la obra constructiva, sino también por falta de un proletariado capacitado y disciplinado en una larga vida sindical.

Los acontecimientos se precipitaron y el proletariado llegó al poder sin la madurez que deriva de un proceso previo, tal como lo realiza la clase obrera en el resto del mundo, y en el cual la organización sindical y la lucha de clases son elementos indispensables e insubstituíbles.

Los trabajadores rusos deben completar su capacitación mientras realizan la tarea ardua y gigante de defender las conquistas alcanzadas, de integrarlas y ampliarlas superando sus propias deficiencias inciales. Esta deficiencia del movimiento autónomo de los productores, explica cómo ha sido posible que una fracción, en parte no obrera, la fracción bolschevique, haya asumido la dirección y la orientación momentánea de la revolución. En países con una organización sindical revolucionaria, aguerrida y disciplinada, la revolución no puede ser ni

orientada ni resuelta por los grupos políticos, sino un acto espontáneo de la cláse productora. Por eso sostenemos que es necesario crear la fuerza revolucionaria en el seno mismo de los organismos sindicales, que no son solamente el instrumento histórico de la revolución, sino también el núcleo técnico y moral que hará posible una rápida estabilidad del nuevo agregado social.

Trabajar por la unidad de los productores, robustecer su organización de clase, hacer en la lucha diaria la conciencia revolucionaria—toda hecha de sacrificio y de heroísmo—es trabajar por la futura revolución libertadora.

Sindicato y Partido

En todo movimiento histórico, hay elementos esenciales y específicos, vale decir: elementos que lo singularizan en la historia, le dan una característica y lo diferencian, en absoluto, de los movimientos anteriores y de los contemporáneos; y hay, también, elementos accidentales, secundarios, no específicos, que le son comunes con los movimientos de masas habidos o venideros.

¿Cuál es, en el movimiento obrero, lo esencial y cuál es lo accesorio?

Una fuerza social no se concibe como tal, es decir, como energía en acción, si no crea órganos e instituciones que se robustecen, se perfeccionan y se agigantan con la lucha. Esas instituciones y la acción por ellas desarrollada en el medio económico-social, constituyen la característica de todo movimiento, porque derivan de la naturaleza de la fuerza histórica que las crea. Y como la naturaleza de una fuerza histórica no es un designio voluntario, sino el término de una transformación y de un proceso anterior, es necesario convenir en que las instituciones de clase no son una creación artificial, sino la cristalización natural y única de la voluntad e inteligencia de clase, condicionadas por su rol en la producción y en la vida social.

Después de un largo período preparatorio, en que se van creando, con más o menos violencia, las condiciones de producción capitalista, la burguesía afianza su régimen con la conquista del poder político, y ejerce una dominación perfecta sobre el resto de la sociedad. Al mismo tiempo, las condiciones materiales para la vida del proletariado, quedaban establecidas.

Un capitalismo sin asalariados no se concibe. Lo que caracteriza históricamente al proletariado, no es su miseria, no es su ignorancia frente a las clases cultivadas, sino, como Marx lo estableció con toda claridad, su fuerza de trabajo, en la que

reside su capacidad revolucionaria, y la separación absoluta entre el instrumento productivo y la fuerza inteligente que lo acciona.

Disociación entre el instrumento de producción y la fuerza que lo acciona en provecho ajeno, he ahí la dualidad histórica del capitalismo; reintegración del instrumento productivo a la fuerza consciente que lo acciona en provecho de la colectividad, he ahí la gran síntesis histórica que caracteriza la obra del proletariado, la fecunda unidad que destruye a las clases y suprime las antítesis sociales, que hasta ahora han sido la causa eficiente del progreso, pero también de la miseria, del dolor y de la injusticia.

El proletariado, como elemento de producción, como categoría económica, es una resultante del modo de producir capitalista; existe desde el momento en que existe el capitalismo; pero el proletariado como categoría psicológica y moral, sólo existe como resultante de la lucha de las clases y de la comprensión de su situación.

Su unidad y su ascensión históricas se realizan paulatinamente. Las condiciones materiales dan sólo la posibilidad de la revolución social, la comprensión de esas condiciones, la acción inteligente y audaz, pueden únicamente hacerla efectiva.

Hay, entonces, en el proceso revolucionario dos elementos: uno que no depende de la voluntad del proletariado y es la condición material en que el régimen capitalista lo coloca, y otro que depende de su voluntad, de su inteligencia, de su acción, de su capacidad, y consiste en comprender esas condiciones de vida y orientarse y obrar para modificarlas y luego suprimirlas, con lo cual la revolución queda realizada.

No es, por tanto, en virtud de un proceso de ilustración en el sentido burgués, es decir, de la acumulación de conocimientos teóricos, que el proletariado podrá realizar su liberación, sino por el análisis de sus condiciones de vida, por la comprensión exacta de su valor en la producción; no es, tampoco, amparándose en las instituciones burguesas, modificando o creando disposiciones legales en la órbita del Estado, que podrá realizar la revolución; sino, por el contrario, creando sus organismos, utilizando sus medios de acción específicos, generando una moral y una voluntad, que al hacer posible la liberación

del trabajo de toda expoliación, hagan efectivas la libertad y la armonía entre los hombres.

El conflicto de clases nace en la producción y en la producción se resuelve—el antagonismo se desenvuelve en el medio económico y es dentro de este ambiente que debe terminar—por la destrucción de la autoridad patronal, por la creación de un nuevo agregado social, cuyo núcleo primordial es la agrupación libre de los productores.

La organización de clase es un producto natural de las condiciones de vida del proletariado; el espíritu de esta organización es nítidamente revolucionario y de clase, cuando el proletariado aquilata y comprende su rol histórico; su capacidad creadora y combativa son una consecuencia de la lucha y a la vez una poderosa determinante de acción.

En la organización se desarrolla una moral específicamente proletaria, se exalta la personalidad del productor, se practica la solidaridad de clase y se hace efectiva la unidad material y moral de la misma. En su seno el obrero razona y discute los problemas que su vida de productor sometido le plantea, aprende a resolverlos sin tutores, se orienta y capacita para realizar plenamente el autogobierno de clase.

De la acción de la organización proletaria, de la lucha de clase combatida audazmente por las masas sindicales, emergen postulados y principios que son la síntesis mental de este vasto y formidable movimiento histórico que transformará para siempre al mundo.

El proletariado—que no necesitó buscar en la ciencia sociológica oficial los motivos creadores de sus instituciones sindicales—tampoco necesitó fundamentar sus derechos y sus anhelos en el falso derecho abstracto de los códigos, ni en la libertad, puramente verbal, de los filósofos.

De su condición de productor, de la realidad social de su vida, emergen sus institutos, sus conceptos, sus sentimientos y sus rebeldías. Ninguna institución anterior puede servirle, ningún concepto elaborado con precedencia a su acción de clase puede serle útil, desde que todo concepto y toda doctrina, para ser útil y eficaz, debe surgir de condiciones determinadas y precisas, y representar, mental y espiritualmente, esas mismas condiciones que la crean.

Podemos concretar el desenvolvimiento histórico del proletariado en la forma siguiente: la separación del instrumento productivo de la fuerza de trabajo, es la condición primera para crear el salariado; la división del trabajo y la gran industria vinculan en la producción núcleos cada vez mayores de obreros y les crean, frente a la voluntad directora capitalista, condiciones materiales y morales que hacen posible un conflicto de clases; la organización, tal como aparece en los comienzos del régimen capitalista, es una coalición instintiva, que sólo más tarde adquiere su pleno sentido histórico y su total significación revolucionaria; la supresión del salariado no es posible mientras el proletariado no adquiera la suficiente capacidad para gestionar y orientar autónomamente la producción. La lucha de clases, que al terminaar para siempre con los antagonismos sociales cerrará el ciclo de la prehistoria humana, como decía Marx, se ha impuesto como norma directriz al proletariado, no por consideraciones teóricas, sino por la vasta experiencia histórica realizada en más de setenta años.

Una clase social que se penetra de su rol histórico—que crea en concordancia con sus modalidades sus instituciones—, que se superioriza en la acción y que realiza la acción sin supeditarla a condiciones ajenas y extrañas a su situación en la vida real, que utiliza medios que ninguna otra clase podría utilizar, posee, incuestionablemente, todos los elementos necesarios para realizar su revolución e imponer, al resto de la sociedad, sus normas, que en el caso del proletariado son la libre exteriorización de las energías humanas, por haber emancipado al trabajo de toda tutela y por haber colocado al hombre en condiciones materiales y morales que hagan posible el integral desenvolvimiento de su personalidad.

Así, la clase adquiere una responsabilidad histórica que ninguna doctrina podrá infundirle; así, ella misma, por la acción, por sus triunfos y también por sus descalabros, crea su unidad moral y se libra de toda ingerencia extraña, reivindicando para sí la tarea de labrar con su propio infortunio actual, la futura grandeza del mundo.

Esto es lo que hay de esencial, de específico, de original, en el movimiento de los trabajadores, esto lo que hace de un movimiento surgido en la sombra, una gran lumbre augural que

a todos nos penetra y nos exalta; esto es lo que hace que de la barbarie aparente nazca una civilización superior.

El movimiento obrero para ser fecundo y creador, debe conservar su originalidad y sus características. He ahí por qué la organización sindical no puede ser neutra; es una organización de clase y debe imprimir a su obra y a su lucha un carácter de clase.

La sociedad civil y política se apoya en la producción y el cambio. La clase dominante hace servir a sus necesidades e intereses los resortes del poder; legisla para sus conveniencias y hace de éstas la conveniencia universal. Cuando las disposiciones legales se refieren al proletariado, toman el carácter de magnánima protección, ya que ella considera a la clase trabajadora como elemento inferior e incapaz que necesita ser tutelado.

El Estado, cuyo fundamento histórico y cuya única razón de ser está en los antagonismos de la sociedad económica, pretende colocarse por encima de las clases y amparar por igual derechos y aspiraciones tan opuestos y tan irreductibles.

La burguesía, que en la producción no tolera el menor conflicto, ha creado, sin embargo, el parlamentarismo, el sufragio universal, el voto secreto, y otras tantas cosas ampulosamente inútiles con que los ciudadanos se entretienen y se hacen la ilusión de orientar el desenvolvimiento de la sociedad.

La democracia política es una necesidad burguesa; el parlamentarismo es, para una burguesía inteligente, la expresión política de su conflicto interior, el ambiente de transacción donde tienden a equilibrarse los distintos grupos económicos que forman el capitalismo.

Mientras en la economía, en sus diversas manifestaciones, la clase dominante es celosamente tiránica y autoritaria, en el ambiente político tolera y hasta estimula el choque de ideas y no le asustan los partidos por más avanzados que parezcan sus programas. Alguna razón fundamental debe motivar esta disparidad tan evidente.

Y la razón está en la subordinación de la política y de la organización del Estado a las condiciones en que la producción y el cambio se realizan, y en la falta absoluta de capacidad

creadora de los resortes estatales, que sólo influyen de modo indirecto en el proceso de creación de la riqueza.

En tanto la disciplina se conserve en la fábrica, en tanto el proletariado siga dando su concurso a la producción, puede el Estado sufrir la más profunda transformación, puede cambiar radicalmente la forma de gobierno, y la sociedad no habrá sufrido, sin embargo, el menor entorpecimiento en sus elementos vitales, ni un solo instante, la angustia de las grandes creaciones o de los grandes derrumbes, habrá palpitado en el alma de los hombres.

Es que todo quedará como antes porque el núcleo fundamental del agregado social no se ha modificado. Persiste la sumisión económica, persiste la forma de producción, las condiciones básicas del capitalismo están intactas y la esclavitud real de las masas obreras seguirá siendo un hecho, bajo la república que sucede a la autocracia, o bajo el ministerio socialista que reemplaza al ministerio conservador. En síntesis, el aspecto externo del poder, la forma del poder puede variar, pero su íntima naturaleza de elementos de coacción y de violencia de clase persiste.

Todos los problemas que preocupan a la democracia, son cosas que una vez resueltas no afectan la íntima estructura del régimen capitalista, ya se trate de cuestiones relacionadas directamente con la producción, ya de cuestiones que sólo de modo indirecto se vinculen con la economía.

Nosotros no hacemos de la historia un proceso esquemático y simple al decir con Marx, que la historia está toda en la lucha de clases, mientras persista la diferenciación de la sociedad en clases. Con ello significamos únicamente que no es posible solucionar de modo amplio los problemas accesorios, mientras el problema fundamental queda en pie.

Ni el problema de la educación integral, ni el problema de las relaciones sexuales, ni los problemas del arte, etc., pueden tener una alta y noble solución, mientras la vida social esté sometida a la ley del provecho y el trabajo humano siga siendo una mercancía sujeta a la oferta y la demanda. Cuando todas las preocupaciones democráticas se insinúan en el movimiento obrero, lo perturban y desvían.

Nadie puede impedir que se constituyan partidos con pro-

gramas más o menos avanzados y que luchen por hacer efectivas sus aspiraciones. Todo ello tiene un valor limitado. Pero nadie puede sostener, sin lamentable desconocimiento de la realidad, que un partido, cuyo mecanismo conocemos bien, ya que todos, quienes más, quienes menos, hemos sido hombres de partido, pueda solucionar el conflicto de clases prescindiendo del problema fundamental: el proceso de capacitación del proletariado y olvidando un hecho primordial: que el socialismo sólo será una realidad en el mundo en la medida que los trabajadores puedan y quieran realizarlo.

El evangelio, ha dicho Sorel, es una filosofía de mendigos; el socialismo una filosofía de productores. Y la democracia no es nada más que un evangelio, con cuyos versículos y sentencias se adormilan las energías creadoras de las clases. Nunca con mayores motivos que hoy, cada clase debe velar por su autonomía.

El mundo capitalista está al borde del abismo, que él mismo creó con la guerra que acaba de terminar. El conflicto enorme que desoló la vieja civilización europea, ha acelerado la transformación universal. Nada puede profetizarse, porque todo pende de la energía, de la capacidad, de la voluntad y de la audacia de los trabajadores del mundo entero y de la voluntad y energía del enemigo de clase.

La Liga de las Naciones de que hablara Wilson y con la que los gobiernos aliados pensaron salvar el momento histórico actual, temiblemente crítico, es la prueba acabada y palmaria de que el capitalismo y sus instituciones políticas y jurídicas, son impotentes para prevenir una nueva guerra.

En manos del proletariado está la salud física y moral del mundo.

Hoy más que nunca debe concentrar sus energías y sus entusiasmos en el robustecimiento de su organización, que es el instrumento histórico de la revolución y el núcleo técnico de la futura y libre asociación de productores:

All'aura il vigile grido mandate;
s'innova il secolo; piena é l'etate.

---

gramas más o menos avanzados y que luchen por hacer efectivas sus aspiraciones. Todo ello tiene un valor limitado. Pero nadie puede sostener, sin lamentable desconocimiento de la realidad, que un partido, cuyo mecanismo conocemos bien, ya que todos, quienes más, quienes menos, hemos sido hombres de partido, pueda solucionar el conflicto de clases prescindiendo del problema fundamental: el proceso de capacitación del proletariado y olvidando un hecho primordial: que el socialismo sólo será una realidad en el mundo en la medida que los trabajadores puedan y quieran realizarlo.

El evangelio, ha dicho Sorel, es una filosofía de mendigos; el socialismo una filosofía de productores. Y la democracia no es nada más que un evangelio, con cuyos versículos y sentencias se adormilan las energías creadoras de las clases. Nunca con mayores motivos que hoy, cada clase debe velar por su autonomía.

El mundo capitalista está al borde del abismo, que él mismo creó con la guerra que acaba de terminar. El conflicto enorme que desoló la vieja civilización europea, ha acelerado la transformación universal. Nada puede profetizarse, porque todo pende de la energía, de la capacidad, de la voluntad y de la audacia de los trabajadores del mundo entero y de la voluntad y energía del enemigo de clase.

La Liga de las Naciones de que hablara Wilson y con la que los gobiernos aliados pensaron salvar el momento histórico actual, temiblemente crítico, es la prueba acabada y palmaria de que el capitalismo y sus instituciones políticas y jurídicas, son impotentes para prevenir una nueva guerra.

En manos del proletariado está la salud física y moral del mundo.

Hoy más que nunca debe concentrar sus energías y sus entusiasmos en el robustecimiento de su organización, que es el instrumento histórico de la revolución y el núcleo técnico de la futura y libre asociación de productores:

All'aura il vigile grido mandate;
s'innova il secolo; piena é l'etate.

Federación Obrera Regional Argentina

ADHERIDA A LA FEDERACIÓN SINDICAL INTERNACIONAL

Secretaría: CALLE BELGRANO 2545 — Buenos Aires



CAMARADAS:

Suscribíos a las acciones reembolsables de $ 1, 2, 5, 10, 20 y 100, emitidas por la F. O. R. A. a objeto de crear el órgano diario de los obreros organizados sindicalmente. ¡Que no quede ningún Sindicato, ni ningún camarada federado o simpatizante sin cooperar moral y materialmente para llevar a la práctica tan loable iniciativa!

EL COMITE PRO DIARIO.

END OF TITLE